



Manuel Fraga: la versión derechista y parcial del pequeño caos.

en el alma y el espíritu de nuestra vida nacional. Se puede ver esta crisis en la duda creciente acerca de la significación de nuestra vida y en la pérdida de una unidad de objetivo para nuestro país. La erosión de nuestra confianza en el porvenir amenaza con destruir nuestro tejido social y político...". "Nuestro pueblo está perdiendo la confianza y la fe. No solamente en el Gobierno mismo, sino en nuestra aptitud en tanto que ciudadanos para ser los dueños y los moldeadores de nuestra voluntad democrática". "Los dos tercios de nuestro pueblo ni siquiera votan, la producción de los trabajadores decrece...". "Buscando una salida a esta crisis, nuestro pueblo se ha vuelto hacia el Gobierno y le ha encontrado aislado de la gran corriente de la vida de nuestra nación... El foso entre nuestros ciudadanos y nuestro Gobierno no ha sido nunca tan amplio...". Estas frases no son de un político español, de un comentarista político español: son del Presidente Carter. Cuando esto pasa en la cabeza de una civilización —la cabeza económica, militar, intelectual, científica, técnica—, ¿qué no ha de pasar en las comunidades que están inscritas en los últimos puestos de esa civilización? Y sin el recurso de renunciar a ella. ¿Y si nos volvemos a otras civilizaciones? Veremos también que, sin la confesión, las circunstancias son, por lo menos, tan delicadas, tan problemáticas. La crisis de credibilidad y de confianza de China o la de la Unión Soviética les han hecho perder la condición que un día tuvieron de faro, de esperanza, de solución. Es inútil decir que esas esperanzas estaban ya equivocadas desde el principio; también lo estaban, vistas las consecuencias, las esperanzas en el modo de vida capitalista.

Anuestro lado, otros países sufren la misma crisis. Los que tienen mayor fondo de reserva real, estabilidad más antigua, modelos de convivencia más contrastados, educación más profunda, resisten mejor: Francia, Gran Bretaña, las democracias del Norte. Los que tienen menos se hundien: Portugal, Grecia, Turquía. Las revoluciones se agotan en sí mismas: tienen los límites encima, o tienen ideologías tan lejanas que son irrealizables.

ESTO no quiere decir que la respuesta a la crisis, dentro de lo posible, no tenga que buscarse, para los españoles, en España. En sus peculiaridades. El "basta ya de divisiones" de Fraga, y su petición de un proyecto nacional de "unidad y solidaridad" es un estímulo que se puede recoger. Como la esperanza de "un proceso regenerativo y creador de la sociedad española", como apunta Cebrían: no hay que "arrojar la toalla". Pero no va a ser tan fácil.

EL COMPLEJO DE URCUYO

ES de esperar que cuando los periódicos elijan, en diciembre, el hombre del año, no se olviden del fugaz Presidente Urcuyo; debe hacerle una gran concurrencia al Papa Wojtyla. Urcuyo representa una clase enormemente extendida en el mundo: la clase de los imbéciles. Este ciudadano al que se confió durante un rato el poder en Managua para que, huido Somoza, se lo entregara a los nuevos gobernantes, sintió la inspiración de la grandeza apenas se colgó la banda presidencial de su cuello; flanqueado por el general Fulgencio Larga Espada —encargado del tráfico: los de verdad habían huido—, intimó heroicamente a que los vencedores se rindiesen a su voz. Tan estúpida fue su acción que todo el mundo creyó que era una maniobra de los Estados Unidos.

Urcuyo el Breve es un admirable personaje para los libros de psicología. Representa la fascinación del poder y la facilidad del ser humano para creer que todo poder viene de Dios, y reside en unos atributos presidenciales o reales: una banda, un trono, un cetro. O una ventanilla de funcionario, o un uniforme de guarda. El problema de la autoridad consiste, en gran parte, en créerselo uno mismo. Una parte, sin duda menor, está en que se lo crean los demás. A veces, ha dado resultado. A Tomas Beckett le puso el Rey, su compañero de juergas y de cinismo, un traje de cardenal, para que compartiera su poder arbitrario; apenas revestido, el juerguista se creyó verdaderamente cardenal y defendió su misión y su puesto de trabajo, hasta el punto de ser asesinado como mártir —"asesinado en la catedral"—: hoy es un santo de la Iglesia. El hábito hace al monje. A condición de que se lo crea.

El "complejo de Urcuyo" está enormemente extendido. Un vistazo a nuestros contemporáneos, y si podemos a nosotros mismos —uno mismo es lo más difícil de ver— nos lo puede demostrar. Los urcuyos aparecen y desaparecen a cada instante. Un urcuyo es todo aquel que, de verdad, se cree que es él mismo, y no un fruto de circunstancias, un cruce de intereses, un ser para guardar la silla de otros. O el heredero de un poder. Urcuyo creyó que Somoza había encarnado en su figura, como algunas personas creen todavía que Franco ha encarnado en las suyas.

Pero Urcuyo hubiera podido tener un poco de suerte. Una debilidad de Carter, una resurrección de la moral perdida en la Guardia Nacional, una ayuda masiva de los países centroamericanos, y Urcuyo hubiera pasado a la Historia como el gran talento que supo ver claro en el último momento. Siempre se ha dicho que de lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso. Los urcuyos son los que dan ese paso.

POZUELO